9463

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

REDOBLE

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

GABRIEL MERINO

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1890

24

REDOBLE

OBRAS DE GABRIEL MERINO

Novelas

Los polvos de Quiroga.
Las cantonales.
Los cuernos de Lucifer.
La noche de novios.
La serpiente negra.
Amor entre faldas.
Las coquetas.

En prensa

El segundo diluvio.
Los predestinados.

Obras dramáticas

Pescar en seco, comedia en un acto y en verso.
Frutos coloniales, zarzuela, íd., íd.
Curriyo el esquilaor, parodia, íd., íd.
La pequeña vía, revista, íd., íd.
Carambola rusa, zarzuela íd., y en prosa.
La Iluminada, parodia, íd., y en verso.
Timos conyugales, juguete cómico-lírico, íd., íd.
¡Púm!, juguete cómico-lírico en íd, y en prosa.
Juzgado municipal, sainete lírico en íd., íd.
Redoble, juguete cómico en un acto y en prosa.
Los Reyes Magos, bufonada cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa y verso.

Estas obras véndense al precio de **una peseta** ejemplar en las principales librerías.

REDOBLE

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

GABRIEL MERINO

Estrenado con gran éxito en el TEATRO MARTIN la noche del 27 de Noviembre de 1889.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES	ACTORES
TORIBIA	Sra. Díaz.
PEPA	Srta. Sala (Victoria.)
CELEDONIO	Sr. García (D. José.)
ROQUE	» Castro.
EDUARDO	» Mercé.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

La escena representa la sala de una modesta casa de huéspedes. Puertas al foro y laterales. Una cómoda. Sillas viejas de Vitoria y un sofá á la derecha. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PEPA, leyendo una carta.

«Sí, alma mía; esta situación es insostenible. Salga como salga, me resuelvo á poner en práctica mi plan. Hoy me presento á tu mamá para ver si me admite en calidad de huésped, y de este modo podremos estar juntos y hablar con libertad. Esto será nada más que por pocos días, pues en cuanto ascienda, pido oficialmente tu mano, y se acaban los sustos y los misterios.» (Deja de leer.) ¡Ay, Dios mío, si mi mamá llega á enterarse de esta combinación!... ¡Silencio, ella viene! (Guarda precipitadamente la carta en el bolsillo.)

ESCENA II

PEPA y TORIBIA

TORIBIA. Anda, hija mía, no estés parada; ya sabes que el aumento de huéspedes nos da mayor ocupación.

671270

PEPA. Sí, ya lo sé; pero lo que no entiendo es cómo vamos á arreglarnos en una habitación tan pequeña. Hay pocos cuartos.

TORIBIA. Pues precisamente porque hay pocos cuartos es necesario tener gente que nos ayude.

PEPA. Yo me refiero á que la casa es pequeña para dar hospedaje á nadie.

TORIBIA. Sin embargo, mira hija mía; hoy pienso decir á don Celedonio, el cesante de ese cuarto, (Primero de la izquierda.) que se vaya con la música á otra parte. De modo que, colocando ahí al nuevo huésped, ya está todo arreglado.

PEPA. Eso es; y nosotras continuamos ocupando el cuarto obscuro...

TORIBIA. Para dormir no se necesita luz.

PEPA. Sí, pero...

TORIBIA. Es preciso saber amoldarse á las circunstancias. ¡Quién me había de decir que descendería hasta llegar á pupilera!

PEPA. ¡Ay, si papá viviera!

TORIBIA. No lo esperes, hija. ¡Tanto tiempo sin noticias suyas...! Y lo más triste es no saber á punto fijo el estado mío, porque, en realidad, yo no soy más que una viuda... *probable*... Pero, silencio; ya sale don Celedonio; déjame sola; voy á leerle la sentencia.

PEPA. Pero mamá... ¡pobre hombre!

TORIBIA. Basta, hija mía; en estos trances hay que tener mucha energía... Anda, vete. (Mutis Pepa.)

ESCENA III

TORIBIA y DON CELEDONIO, muy amable y haciendo muchas cortesías.

CELED. Buenos días, simpática patrona. (Aparte.) Ahora sí que no me escapo.

TORIBIA. Muy buenos; pero no lo son tanto las noticias que tengo que darle.

CELED. ¿Ah, sí? Pues déjelo usted para otra ocasión.

TORIBIA. No me es posible. Usted no habrá hecho nada de lo que ayer le encargué, ¿verdad?

CELED. Sí, señora; ya lo creo. Pero como si no; mis deudores se escusan. (Con cierta petulancia.)

TORIBIA. Pues no puedo esperar más, y como durante el mes que lleva en casa no me ha dado un cuarto, le pongo de patitas en la calle.

CELED. Pero doña Tiburcia, por Dios, sea usted más filantrópica.

TORIBIA. ¿Filan... qué?.. Yo no soy... *eso*, ni por Dios ni por nadie. Usted se marcha de mi casa inmediatamente.

CELED ¡Arrojar así á un funcionario público que el día de mañana pagaría con *creces*!

TORIBIA. ¿Con *creces*? Aquí se paga con dinero, y como el dinero está reñido con usted hace mucho tiempo...

CELED. ¿Reñido? ¡Quiá, no señora! Somos muy buenos amigos; lo que hay... es que nos vemos muy de tarde en tarde. Pero deje usted, que en cuanto *los míos* escalen el poder...

TORIBIA. ¿Y cuáles son los suyos?

CELED. ¿Los *míos*? Pues... (Pausa: dudando.) Los que suban después de estos.

TORIBIA. Pues, amigo, siento no poder esperar. Yo cedo parte de mi casa por necesidad y no por *especularización*.

CELED. (Aparte.) ¡Atiza!

TORIBIA. Yo soy una de esas señoras que vienen á menos. Mi marido hizo mucho ruído en el mundo.

CELED. Vamos, sería calderero.

TORIBIA. No señor, redoblante.

CELED. Bueno, es igual.

TORIBIA. Marchó á América hace años...

CELED. Sí, y lo demás ya lo sé; murió sin poder siquiera participar la muerte á la familia.

TORIBIA. ¡Ay, sí! Todos los indicios son de que allí pereció el pobrecito. (Llora.)

CELED. (Aparte.) Parece que se ablanda.

TORIBIA. (Rápida transición.) Pero, al grano, yo necesito que usted se marche hoy mismo.

CELED. Pero doña Tiburcia, ¿y el porvenir?

TORIBIA. Yo me atengo al presente.

CELED. Pues bien, señora; usted será la causa de mi muerte.

TORIBIA. Cuente usted con un Padre nuestro y un Ave María,

CELED. Deme usted el *ave* y guárdese la María.

TORIBIA. Hemos concluído; prepárese á trasladar el equipaje. Bastante he dicho. (Vase por el foro, incomodada.)

ESCENA IV

CELEDONIO

Ya lo creo que has dicho bastante, patrona inverosímil, partidaria acérrima del sistema homeopático en las comidas... (Pausa.) ¿Y á dónde voy yo sin un céntimo? (Queda preocupado y pensativo.)

ESCENA V

CELEDONIO y ROQUE por la primera de la derecha con una capa muy raída y un trombón.

ROQUE. Adiós, vecino. (Diríjese al foro.)

CELED. ¡Ho!a!... ¿Dónde se va tan armado?

ROQUE. Pues á dar un concierto.

CELED. ¡Ah, vamos! ¿Es usted artista?

ROQUE. Y de los antiguos. (Con orgullo.)

CELED. No, eso se ve en su cara. (Pausa.)

ROQUE. Me parece que me ha llamado usted viejo.

CELED. No, hombre. Digo que se le conoce en la cara que es usted artista.

ROQUE. ¡Ah! Bueno.

CELED. ¿Tiene usted mucha prisa?

ROQUE. No; para mí es temprano aún.

CELED. Vaya, pues charlaremos un rato si á usted le parece.

ROQUE. No deseo otra cosa; precisamente quería pedir á us-

ted algunos datos respecto á la casa. (Deja el trombón sobre el sofá.) ¿Lleva usted mucho tiempo en ella?

CELED. No, señor, un mes.

ROQUE. ¿Y cómo le tratan á usted?

CELED. (Aparte.) Nos daremos tono. (Alto.) A zapatazos, amigo mío. Estas casas de huéspedes de tres al cuarto...

ROQUE. ¡Ah! ¿Pero son ustedes tres en la misma habitación?

CELED. No digo eso; he querido indicar, que en Madrid estas casas de seis reales con principio, son *camelos* y nada más.

ROQUE. (Asombrado.) ¡Ah! ¿Pero á usted le dan *principio*?

CELED. Hombre, aquí todas las comidas tienen principio... Vamos, que se empieza á comer... y lo tiene uno que dejar en seguida; por eso las comidas tienen *principio;* lo que no tienen es fin. (Pausa.) Además, aquí hay otra pequeña dificultad. (Aparte.) ¡Yo le doy un sablazo!

ROQUE. ¿Cuál?

CELED. La patrona, que se empeña en que se la pague...

ROQUE. Hombre, eso es natural.

CELED. No, en que se la pague adelantado; y ya ve usted que no siempre se encuentra uno en disposición... yo por ejemplo, voy á tener que dejar muy pronto la amable compañía de ustedes.

ROQUE. ¿Por qué?

CELED. Doña Tiburcia acaba de decirme que necesita la habitación.

ROQUE. ¡Ah! ¿Pero la debe usted algo?

CELED. Hombre, no me acuerdo á punto fijo. (Pausa; como recordando.) Lo que sé es que en el tiempo que llevo aquí, no la he dado nada

ROQUE. Entonces...

CELED. Y por cierto que celebro mucho que hayamos simpatizado... Porque usted me es muy simpático.

ROQUE. Mil gracias.

CELED. De este modo no debo vacilar en pedir á usted un favor.

ROQUE. ¡No vacile usted, hombre! Yo voy á pedirle otro.

CELED. Pues nada; que hallándome imposibilitado de tener dinero hasta dentro de unos días, acudo á la generosidad de usted para que tape á doña Tiburcia la boca con algo, que yo á la mayor brevedad reintegraré religiosamente. (Pausa.) Ahora, usted dirá.

ROQUE. Pues seré breve; (Sonriendo.) la patrona de esta casa, siguiendo una costumbre establecida entre ellas, me exigió ayer una mensualidad adelantada; pero como yo no puedo adelantar nada sin que antes me lo adelanten á mí... acudo á usted... para... (Pausa.)

CELED. Sí, para... que... (Los dos se miran aparte.) ¡Valiente pez está el tío este! (Alto.) ¿De modo que ni un cuarto?

ROQUE. Nada.

CELED. Estamos frescos. Se me abre la boca sólo de pensar el porvenir que se prepara. (Bosteza.)

ROQUE. (Id.) Y á mí también, cuando miro al presente. (Pausa.) Por supuesto, que esto me pasa á mí por ser un hombre honrado. ¿Qué diría usted si yo le confesara que tengo en mis manos un capital?

CELED. ¿Un capital?... Pues diría que, además de murguista, era usted tonto de profesión.

ROQUE. Pues sí señor; ha de saber usted que yo he venido á España con cierta misión...

CELED. ¡Á ver, á ver!... (Con curiosidad.)

ROQUE. Yo vengo buscando...

ESCENA VI

DICHOS y TORIBIA por el foro.

TORIBIA. ¿Pero está usted ahí todavía? (Á Celedonio.)

CELED. ¡Adiós, el biombo! (Alto.) Señora, me estaba despidiendo de don Roque.

ROQUE. Yo, con permiso de ustedes, me retiro. (Á Celedonio.) Luégo hablaremos. (Coge el trombón y se dirige hacia el foro.)

TORIBIA. No habrá usted olvidado mi encarguito, ¿eh?

ROQUE. No señora, descuide usted; ahora voy á ver si cobro... (Mutis por el foro.)

ESCENA VII

CELEDONIO y TORIBIA

CELED. ¡Á ver si cobra! ¡Yo no puedo cobrar... ni animos!

TORIBIA. ¡Mírese usted en ese espejo!

CELED. No señora, me asustaría; debo estar muy desmejorado.

TORIBIA. Pues no será por lo mal que se le ha tratado en mi casa.

CELED. ¿Mal? De ninguna manera. Yo bendigo su espiritual cocido.

TORIBIA. ¿Cómo espiritual?

CELED. Claro, porque no tiene nada de carne.

TORIBIA. ¡Don Celedonio!...

CELED. (Aparte.) Nada, nada, es necesario inventar algo que la detenga. (Queda pensativo.)

TORIBIA. Repito á usted que esta casa no es el asilo de San Bernardino, y que...

CELED. (De pronto.) ¡Señora!... (Bruscamente.)

TORIBIA. ¡Ay! ¿qué es eso?

CELED. Tengo que hablar á usted muy seriamente.

TORIBIA. ¿De qué?

CELED. De un asunto muy serio... muy grave... muy tenebroso... muy... (Aparte.) á ver si la asusto.

TORIBIA Hable usted ya. (Pausa.)

CELED. ¡Señora! (Suena un campanillazo.)

TORIBIA. ¡María Santísima! será mi nuevo huésped... y está el cuarto sin arreglar... Saque usted á escape lo que tenga...

CELED. Pero doña Tiburcia...

TORIBIA. ¡Lo que tenga en el cuarto! Vamos, yo le ayudaré. (Medio mutis por la primera de la izquierda. Salen con un paraguas viejo y una sombrerera.)

PEPA. (Dentro.) Pase usted por aqui.

TORIBIA. Él es; pronto, escóndase.

CELED. ¿Pero dónde?

TORIBIA. Ahí, en el cuarto de don Roque. (Señala el de la derecha. Mutis Celedonio.)

ESCENA VIII

TORIBIA, PEPA, EDUARDO y CELEDONIO, al paño.

ED. Servidor de usted. (Saludando á Toribia.)

TORIBIA. Dispénseme que le reciba así, vestida tan á la *negliché.*

ED. Señora, por mí nada de cumplidos.

TORIBIA. (Á Pepa.) Niña, retírate.

PEPA. Con permiso de usted, voy adentro. (Aparte á Eduardo.) ¡Ánimo!

ESCENA IX

TORIBIA, EDUARDO y CELEDONIO, al paño.

TORIBIA. Pero tome usted asiento. (Se sientan en el sofá.) Ya estoy enterada del asunto que le trae. Según me han dicho, usted es militar.

ED. De caballería, sí señora.

TORIBIA. ¡Ay! (Suspirando ridículamente.) ¿Ha estado usted en América?

ED. Algún tiempo.

TORIBIA. ¡Ay! (Vuelvo á suspirar más fuerte.)

ED. ¿Qué le pasa á usted? (Pausa.)

TORIBIA. Yo soy uua viuda... *dudosa.*

ED. ¿Dudosa? No comprendo.

TORIBIA. Mi marido era redoblante de uno de los regimientos que marcharon allí hace años.

CELED. (Al paño.) Vamos, ya le está soltando la historia eterna.

TORIBIA. Recibí algunas cartas, luégo no he vuelto á tener noticias. He preguntado en todas partes y nadie me da razón. Todo hace comprender que mi esposo dejó de

existir en la *manigua*. (Se aflige.) Bien corta fué nuestra luna de miel; á poco tiempo de echarnos las bendiciones, partió. ¿Quién había de decir que no debíamos volver á vernos?

ED. ¡Señora, quién sabe!...

TORIBIA. Ya en la primera carta me dijo que había pasado una terrible enfermedad que le desfiguró por completo. Recuerdo que decía: «Ay, querida esposa; estoy seguro de que no me reconocerías si me vieras.» ¡Pobre Sebastián!

ED. Tranquilícese. Yo tengo ocasión de enterarme hoy mismo de su paradero. Precisamente un compañero mío está encargado en el Ministerio del negociado de prófugos y fallecidos de Ultramar.

TORIBIA. ¿Y le será fácil?...

ED. Sí señora. Tenga la bondad de darme las señas. (Saca una cartera.) ¿Su nombre?

TORIBIA. Sebastián Redoble. (Eduardo escribe.)

ED. ¿En qué cuerpo servía?

TORIBIA. En el regimiento de Villagarcía, número veintiséis.

ED. Basta; yo traeré noticias fidedignas. Veamos ahora la habitación que usted me destina. (Se levantan.)

TORIBIA. ¡Ah! es muy hermosa y tiene magníficas vistas. (Asomándose por la izquierda.)

CELED. (Aparte.) Sí, á los tejados vecinos.

ED. Perfectamente; y cuánto he de pagar?

TORIBIA. ¿*Con* ó *sin*?

ED. ¿Eh?

TORIBIA. ¿Con asistencia ó sin ella?

ED. ¡Ah, sí, con todo!

TORIBIA. Pues, por ser para usted, cuatro pesetas.

CELED. (Aparte.) ¡Atiza! A mí me llevaba seis reales.

ED. Estamos conformes.

TORIBIA. (Aparte.) Si lo sé le pido más.

ED. Ahí va, á manera de anticipo. (Le da un billete.) Voy, si usted me lo permite, á escribir unas cartas urgentes, y en seguida saldré á disponer el traslado de equipaje.

TORIBIA. Como usted guste; sí señor. Ahí, en su cuarto, encontrará todo lo necesario. No quiero molestarle... he tenido tanto gusto...

ED. Igualmente, señora, á los piés de usted.

TORIBIA. (Aparte.) ¡Qué fino es este chico; como de caballería

ESCENA X

EDUARDO, luégo PEPA

ED. Creo que he desempeñado mi papel á la perfección; heme ya instalado en casa de mi amor; se acabaron los plantones, y las señas y los telégrafos. Cuando quiera verla, á mi casa. ¡Mi casa! ¡Ya lo creo! ¡Buenas cuatro pesetas me cuesta!

PEPA. (Por el foro.) Estaba impaciente; ¿qué te ha dicho?

ED. Lo suficiente para que desde este momento forme parte de los inquilinos de este cuarto.

PEPA. ¡Qué alegría! ¡Podernos hablar sin que se enteren los transeuntes!...

ED. Es verdad; permite que solemnicemos este fausto día con un abrazo (Se abrazan.)

ESCENA XI

DICHOS y CELEDONIO

CELED. (Por la derecha.) ¡Que aproveche, señores!

PEPA. ¡Don Celedonio!

ED. ¿Quién es este hombre? (Á Pepa.)

PEPA. Un huésped desahuciado por mamá.

CELED. Un cesante que le propone á usted el socorro mútuo.

ED. Creo no necesitar por ahora socorro alguno.

CELED. Pues se equivoca usted. Los enamorados siempre necesitan que alguien les proteja.

PEPA y ED. ¿Cómo?

CELED. Que me he enterado que usted es el novio de este pimpollo, y que ha entrado usted en la casa como las latas de petróleo, fraudulentamente.

ED. ¡Caballero!

CELED. Si no hay que incomodarse; yo los ayudaré. Pero para esto es necesario que ustedes me protejan también. Por eso hablé del socorro mútuo.

PEPA. (Aparte á Eduardo.) Acepta, por Dios, no nos comprometa.

ED. Bien; usted dirá en lo que consiste esa ayuda.

CELED. Poca cosa; en afirmar todo lo que yo diga, por muy extraño que les parezca.

PEPA. Si no es más que eso...

ED. Convenido.

CELED. Pues basta; cada mochuelo á su olivo. Necesito hablar á solas con doña Tiburcia.

PEPA. (Aparte.) ¿Qué intentará?

CELED. Usted á su cuarto. (Por Eduardo.)

ED. No; me marcharé á la calle; tengo que hacer.

CELED. Mejor. Usted adentro. (Á Pepa.)

ED. Vaya, pues adiós, amigo. (Con sorna.)

PEPA. No tardes.

ED. No, vida mía; voy al Ministerio á ver si hay alguna noticia de mi ascenso.

PEPA. Adiós. (Mutis ambos por el foro.)

ESCENA XII

CELEDONIO

Mucho valor, Celedonio. Vas, por el pronto, á asegurar los garbanzos, y necesitas una serenidad á prueba de bomba. Tienes medios de triunfar; tienes cómplices, y sobre todo... tienes... hambre, que es la parte principal. Aquí lo que hace falta es poca vergüenza, y esa... la empeñé al quedar cesante y he perdido la papeleta. ¡Ánimo, y á ver si podemos vencer esta desgracia *fiera*...

ESCENA XIII

DICHO y TORIBIA por el foro.

TORIBIA. ¿Llamaba usted?

CELED. Sí señora; la acabo de nombrar á usted. (Con misterio.) ¿Estamos solos?

TORIBIA. ¿Otra vez el misterio?... (Pausa.)

CELED. Míreme usted bien.

TORIBIA. Ya está. (Pausa.)

CELED. ¿No le dice á usted nada el corazón?

TORIBIA. Al menos yo no le oigo. (Pausa.)

CELED. Pues bien... (Campanilla.) ¡A que no me dejan hacer mis declaraciones!

ESCENA XIV

DICHOS y DON ROQUE

TORIBIA. ¡Ah, si es don Roque!

ROQUE. ¿Todavía están ustedes hablando?

CELED. Y de un asunto de la mayor importancia.

ROQUE. Entonces me retiro á mi cuarto. Y no teman ustedes que sorprenda su conversación, porque voy á dormir tranquilamente la siesta. (Toribia va al foro.)

CELED. (Aparte á Roque.) Ya le despertará usted el ruído... ¡Verá usted qué golpe! ¡Es una gran idea!

ROQUE. Me alegro, hombre, ya me contará usted...

CELED. Usted diga qué sí á todo.

ROQUE. Descuíde usted; ¿á mí que me importa? (Mutis Roque por la derecha.)

ESCENA XV

CELEDONIO y TORIBIA

CELED. ¿Cómo se llama usted?

TORIBIA. ¡Vaya una pregunta! Pues. . Tiburcia Rodríguez.

CELED. ¿Natural?...

TORIBIA. Sí señor, muy natural.

CELED. No es eso; que dónde nació usted.

TORIBIA. ¿Yo?... Espere usted que me acuerde... ¡ah, sí, en Alcorcón!

CELED. Justamente. ¿Su marido de usted fué redoblante? (Con fingida ansiedad que va creciendo durante el diálogo.)

TORIBIA. Sí, ¿le conoció usted?

CELED. Silencio; ¿se fué á la Habana?

TORIBIA. Sí.

CELED. ¿Hace años?

TORIBIA. Muchos años.

CELED. ¿Se llamaba Sebastián Redoble?

TORIBIA. Precisamente.

CELED. ¿Sirvió en el regimiento de Villagarcía?

TORIBIA. Justo.

CELED. ¿Número veintiséis?

TORIBIA. Veintiséis.

CELED. ¡Ay! (Suspirando y tambaleándose cómicamente.)

TORIBIA. ¿Pero qué le pasa á este hombre? ¡Hable usted por Dios!

CELED. ¿Pero es posible que no se agiten tus recuerdos?

TORIBIA. ¿Eh?

CELED. ¿Tan cambiado me han puesto los padecimientos?

TORIBIA. ¿Eh?... ¡qué rayo de luz!

CELED. (Santiguándose.) ¡Dios me ampare! ¡Allá va eso! (Alto.) ¡Mujer ingrata, abraza á tu tambor!

TORIBIA. ¡Ay, pero usted!... tú... él... ¿es posible?

CELED. No lo dudes.

TORIBIA. (Abre los brazos, pero se detiene repentinamente. Transición.) Pero explícame.

CELED. (Aparte interrumpiéndola.) No hay que dejarla meter baza. ¡Todo lo sabrás; pero llama á Pepa; quiero verla, abrazarla como padre amantísimo!

TORIBIA. Pero esto es muy extraño.

CELED. ¡Pepa! ¡Pepa! (Gritando.)

TORIBIA. A ver si la niña le reconoce. ¡Pepa, Pepa! (Gritando también.)

ESCENA XVI

DICHOS, ROQUE y luégo PEPA

ROQUE. ¿Pero qué voces son estas? ¡Pues bonita siesta voy á dormir!

CELED. (Aparte y rápidamente á Roque.) Valiente golpe; el porvenir es nuestro.

ROQUE. ¿Qué ha hecho usted?

CELED. Verá usted la que se va á armar. (Alto.) ¡Pepa, Pepa!

PEPA. (Por el foro.) ¿Qué es esto? ¿qué les sucede á ustedes?

CELED. (Aparte.) Di que soy tu padre. (Á Pepa.)

PEPA. (¿Eh?... ¡ah! sí, comprendo.)

TORIBIA. Ven acá; mira á don Celedonio atentamente, fíjate bien, ¿qué te dice el corazón? (Pausa. Celedonio hace señas con disimulo á Pepa.)

PEPA. ¡Ay, mamá; si pudiera ser franca!...

TORIBIA y CELED. Sí, hija mía.

PEPA. Hace mucho tiempo pensaba decir á usted... que tengo así, como presentimientos...

TORIBIA. ¿De qué? Dílo.

PEPA. Pues...

CELED. (Aparte á Roque.) Prepárese usted.

PEPA. ¡Que este caballero es... mi padre!

CELED. El mismo; ¡hija de mi alma! (La abraza.)

ROQUE. (Á Toribia.) Pero señora, ¿qué es esto?

TORIBIA. Que ya no soy viuda. Que este señor dice que es mi marido.

ROQUE. ¡Já, já já! (Suelta una carcajada.)

TORIBIA. Pero vamos á ver, no nos precipitemos. (Pausa.) ¿Por qué has cambiado de nombre?

CELED. (Dudando.) Pues... porque amparado por el incógnito, podía hacer mejor mis averiguaciones.

TORIBIA. ¡Pero hombre, si estás tan cambiado! Razón tenías al decir que no había de reconocerte. (Roque sigue riendo con intervalos durante el diálogo.)

CELED. ¿Tú sabes lo que yo he sufrido en mis largos viajes? En unos países engordaba, en otros me quedaba

como un fideo... aquí crecía, allí disminuía de estatura, en fin, que se ha operado una completa revolución en mi naturaleza. (Aparte.) ¿Señor, qué va á salir de aquí? (Alto.) ¡Pero qué guapota está la chica! ¿Ya tendrás novio, verdad?

TORIBIA. ¡Qué ha de tener! Los maridos están por los nubes.

PEPA. Pues te equivocas, mamá. (Aparte.) Esta es la ocasión de decirlo. (Alto.) Tengo uno y muy bueno.

CELED. ¿Lo ves? Si eso es de necesidad.

TORIBIA. ¿Y cómo no me has dicho nada?

PEPA. Me daba mucha vergüenza.

CELED. Pues no te pareces á tu padre. Yo no tengo de eso, ni pizca.

ROQUE. (Ahora sí que tiene razón.)

CELED. Pues nada, si el novio es aceptable, os casamos, ¿verdad, Tiburcia?

TORIBIA. No me opongo; pero con lo que no estoy conforme es conque, una vez descubierta la incógnita, sigas llamándome por un nombre que te consta que tampoco es el mío.

CELED. (Aparte.) (¡Adiós, á que lo echamos á perder!) Es verdad, no me había apercibido, ¿y por qué ese cambio?

TORIBIA. Lo adopté al ser pupilera; pero ya no tengo interés en ocultarlo.

CELED. Pues como quieras. Sí señor. Toda vez que yo abandono el de Celedonio, justo es que tú recobres también tu verdadero nombre. De modo que ya lo sabes. Nada de Tiburcia... ¡Tiburcia! ¡un nombre tan feo! en cambio el otro... (Muy turbado.) El otro... ¡tan poético! ¡tan bonito, tan armonioso...! (Aparte.) ¿Dios mío, cómo se llamará?

TORIBIA. Bueno, de manera que... desde hoy vuelvo á ser... (Pausa.)

CELED. Eso es; vuelves á ser... mi señora... es decir... la señora doña... (Hace señas á Pepa.)

PEPA. (Aparte á Celedonio.) Toribia Limoncillo.

CELED. Doña Toribia Limoncillo.

ROQUE. (Repentinamente.) ¿Cómo, señora, usted se llama Toribia Limoncillo? (Saca una cartera y consulta unos papeles con precipitación.)

ESCENA XVII

DICHOS y EDUARDO

ED. ¿Se puede?

TORIBIA. Adelante; tengo que dar á usted una buena noticia.

ED. En cambio las que yo traigo...

CELED. (Aparte.) ¡Adiós, este hombre me revienta!

ED. Ya recordará usted que ofrecí enterarme de la suerte de su esposo.

CELED. No, ya no hace falta.

TORIBIA. (Aparte á Celedonio.) Calla, tengo capricho de saber lo que dicen de tí. Va á tener mucha gracia.

CELED. ¡Sí, mucha, muchísima!...

TORIBIA. Hable usted, don Eduardo, hable usted.

ED. Su esposo, señora, desertó de su regimiento en unión de otros compañeros de la banda al poco tiempo de llegar á la Isla. En las oficinas, pues, no tienen noticia alguna de su paradero.

CELED. (Aparte.) ¡Respiro!

ED. Pero...

CELED. (Aparte.) Ese *pero* me aplasta.

ED. Pero por un oficial amigo mío, que servía en el mismo cuerpo, supe que Redoble se dedicó después á los negocios llegando á poseer una buena fortuna.

TORIBIA. ¡Ah, tunante! (Á Celedonio.) Por eso no querías que hablara. (Á Eduardo.) ¿De modo que usted cree que al volver traería dinero?

ED. Lo del dinero no lo dudo. Lo que sí es difícil es que haya vuelto.

TORIBIA. ¿Y por qué ha de ser difícil?

ED. Siento tener que decir á usted que don Sebastián Redoble, del regimiento de Villagarcía, número veintiséis, falleció en Matanzas. (Pausa.)

CELED. ¡*Tabló*! (Queriendo aparecer sereno.) Precisamente; sí

señor, esas son voces que hice yo correr para que no me buscaran como desertor.

ED. ¡Ah! ¿pero usted?...

CELED. Yo soy ese Sebastián Redoble, de que se habla.

ROQUE. (Rápidamente y muy incomodado.) Lo que es este individuo es un usurpador indigno que nos quiere engañar á todos.

TODOS. ¿Eh?

ROQUE. Sí señor. Yo fui compañero de Redoble; falleció en Matanzas, efectivamente, y me dió el encargo de buscar á su familia y depositar su testamento y su fortuna en casa de un notario de esta capital, como así lo he hecho. Hé aquí una carta suya que acredita toda la verdad. (Da un papel á Toribia.)

TORIBIA. (Después de leer.) ¡Entonces este hombre es un timador! (Por Celedonio.)

ROQUE. ¡Sí señora; un perdido!

TORIBIA. Explique usted su conducta. (Los tres le increpan y amenazan. Tumulto.)

CELED Señores, yo lo explicaré todo... (Quiere huir de pronto y le sujetan.)

ED. ¡No se escapará usted!

ROQUE. ¡Esa conducta es infame!

TORIBIA. ¡Es usted un sin vergüenza!...

CELED. ¡Señores, señores, un momento de calma! (Pausa cómica.) Es... que me he equivocado de familia.

TORIBIA. ¡Voy á dar parte para que le lleven á usted al *Abanico*!

CELED. ¡Eso sería el colmo de la ingratitud! ¡Por mí ha encontrado usted una fortuna!

ED. En eso tiene razón este infelíz.

CELED. ¡Gracias, joven; usted me comprende! (Á Eduardo.)

ED. ¡Perdónele usted!

PEPA. ¡Sí, mamá!

CELED. Después de todo, el difunto REDOBLE, «desde el cielo, en donde mora,» me dispensará el haber tomado la alternativa de esposo en ocasión como la presente. ¡El vil cocido lo justifica todo!

ED. ¡Tiene razón!

PEPA. ¡Perdónale!

CELED. Para agradecer á ustedes esa cariñosa intercesión, yo, que he sido, aunque momentáneamente, padre de esta chica, te concedo su mano. (Á Eduardo.)

TORIBIA. ¿Cómo?

CELED. Sí; el señor es el novio de su hija; deje usted que se casen.

TORIBIA. Bueno, ya hablaremos de eso; lo importante es ir ahora á casa de ese notario. (Con impaciencia.)

CELED. ¡Oh, noble desinterés!

ROQUE. ¡Pobre amigo mío!

TORIBIA. Es verdad. ¡Pobre Redoble! (Llora.)

TODOS. ¡Pobrecito Redoble! (Á un tiempo y muy enternecidos.)

TORIBIA. ¿Vamos?

CELED. Espere usted un instante. (Al público.)

Y ahora, público ilustrado,
si eres justo y eres noble,
da un aplauso redoblado
en obsequio de REDOBLE. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyngales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss,	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.